

Rocío Collins

Éxtasis en una noche
de verano



H&O

PRELUDIO

Agnes: Oye, ¿y tu coche?

Ava: Hecho trizas, siniestro total.

Agnes: Papa-Bijou te va a matar.

Ava: Yep, supongo que he aprendido la lección de conducir llorando y drogada.

(Se quedan calladas, un pájaro gorjea.)

Ava: ¿Te has dado cuenta de que el abrigo de peluche está lleno de lefazos?

Agnes: Argh, soy consciente. Culpa tuya por escogérmelo. Mañana debería ir a hacerme unas pruebas, para un día que follo, no vaya a ser que pille gonorrea o ladillas. *(Suspiro.)* Me lo he pasado de puta madre.

Ava: Yep, catártico. Se dice así, ¿no?

(Agnes asiente y ambas reposan un momento en silencio.)

Agnes: ¿Tú crees que esto nos cambiará la vida?

Ava: A lo mejor se nos ha olvidado al final del verano.

(Risas.)

Agnes: Mmm, okey. Va, vámonos. Necesito unos *nuggets* veganos o unas judías pintas.

Ava: Puta escocesa de los cojones.

Agnes: Te quiero.

Ava: Yo te planeto también, zorrupia.

ACTO I

Escena I. Ava-Bijou se admira en el espejo del tocador

A Phoebe Waller-Bridge le preocupaba pensar que, de haber tenido las tetas más grandes, habría sido menos feminista. Si yo tuviese las tetas más grandes mi feminismo seguiría intacto, aunque no me entraría el crop-top de la última colección de Versace. Si tuviese las tetas más grandes, me esforzaría más por ser la Anna Wintour de las CEO de las biocorporativas internacionales, el azote de los incels científicos y la pesadilla de los investigadores nucleocelulares cuarentones. Parece que tener tetas grandes sigue siendo un equivalente a menor masa cerebral según una ley biológica establecida por algún señor de barba salivada del siglo XIV —lamecojones de Einstein aún—. Quizás, en favor de los feminismos contemporáneos, debería ponerme un implante de trescientos gramos en cada teta.

Viva Pamela.

Un soberano guantazo en los bigotillos de los mariosabiondos que reparten teorías no aptas para copas C. Cuando recoja el Nobel, me enfundaré en un corsé de Jean Paul Gaultier bien puntiagudo, y el premio lo encajaré en el canalillo para bajar las escaleras, lista para disparar confeti desde cada uno de los conos.

Viva Madonna, su rebeldía tectónica y los pendientes kilométricos que me voy a hacer con el premio después de fundirlo.

Anyway, lo que sea.

En realidad, *my dear* Phoebe, me suda todo el ovario izquierdo el tamaño de mis pechitos. Soy feliz con mis tetas; de hecho, soy feliz con mis tetas, con mi cara y con mi físico entero. Puedo palpar mi belleza cada mañana. Con el primer reflejo del día, mis rasgos esculpidos me dan los buenos días. ¿Alguna vez os habéis preguntado que sentiríais si tuvierais la certeza de ser criaturas indiscutiblemente bellas? Yo lo sé.

Agnes se ríe porque dice que soy como la Venus nacida en la concha de plástico del Treasure Island de Las Vegas. Tiene toda la jodida razón. Concha de plástico, neón y *glitter* que abarca mi cuerpo desnudo. Mi cuerpo desnudo cubierto en *highlighter* y aceite dorado. *Yas*, Afrodita de oro con un pirsin en el ombligo y cristales en el coño. Lo más.

C'est moi.

Me observo en el espejo, el rostro refulgente en la mañana. Los labios, carnosos; los ojos, negros, pura raza latina, chorrean brillo a raudales; cintura encorsetada y culo medido con la sucesión de Fibonacci. Mi nacimiento surgió del cruce perfecto entre un empresario irlandés y una belleza puertorriqueña, que, a su vez, fue un *cocktail* entre Nefertiti y un enano de circo. Chequead el sueño femenino en miniatura y cómo Helena de Troya se quedó corta.

No, mis tetas no me preocupan.

Me preocupa más pensar que, si Dios me hubiese hecho más alta —si no midiera 155 centímetros—, probablemente mi mala hostia no estaría tan concentrada. Dios me hizo pequeña para arrear mis talentos. Y, por ello, soy jodidamente brillante. También *so fucking* irritante. *I know*. Nadie agradece contemplar la perfección. Pensáis que soy una puta narcisista: no-lo-niego. La que puede puede, y la que no... cri-ti-ca.

Alabo mi belleza en mi propia confianza y beneficio, como quien admira su primera rinoplastia hecha por Miguel Ángel. No elegí nacer así, en el sorteo de Dios tuve la suerte de un *leprechaun* con un trébol en el ojete. Soy lista, bella y tan rica como para sonarme los mocos en billetes de doscientos. Si fuese alérgica al polvo ambiental y mi nariz expulsase mucosa 24/7, echad cuentas de cuántos miles de euros estarían cubiertos con mis mocos... ¿Poneís una cifra? *Yep*. Papá anda forrado.

Ahora bien, también soy una hortera de la hostia. El plumón no lo lleva cualquiera, ni las bragas de terciopelo ni las hombreras de látex. Dios no reparte el buen gusto a manos agradecidas ni a deditos con manicuras de más de mil monedas. Algo me debía fallar, que queréis que os diga.

Oye, entiendo que no os fieis de mis palabras. ¿Cómo de fiable es la palabra de una protagonista hacia su propia persona? ¿Quién es esta puta narcisista que os trata de tongar?

Bonjour, Ava-Bijou.

Me lanzo un beso a mi propia imagen en el espejo. Luego, la visión del *skinhead* dormitando desnudo en la cama redonda me hace arrugar la nariz. La mañana se enturbia con el extranjero no requerido, y recuerdo lo que pasó la noche anterior: Agnes y yo debatimos sobre el valor generacional de *Clueless* hasta que ella decidió poner rumbo a su palacete decadentista.

Inciso: Agnes es mi hermana, mi vecina y mi guía moral. Doy gracias a Jesucristo por haber acabado en este cerro a escasos kilómetros de ella, puesto que la providencia me regaló una hermana de espíritu y el único amor —aparte del parental— que me preocupa mantener.

Retomo: anoche, un viernes *chill* de temperatura agradable y grillos furiosos.

Tras la marcha de mi regordetis, me puse con mis obligaciones juveniles: ver reposiciones de *Mujeres desesperadas* hasta quedarme frita. Entonces, Demetrio llamó, un taxi lo dejó

clueco como un ruso en mi verja y me quedé sin saber si Bree Van de Kamp aceptaba la ayuda de su vecina Lynette para salir del alcoholismo.

Ay, Demetrio. Tipo duro, incauto. Cómo me jodiste la noche de ayer, examante desechado.

Flashback: nos conocimos en una galería de arte. Yo colgaba desnuda con unas cuerdas de *bondage* que me apretaban el cuerpo. Participaba en la *performance* de un artista del SoHo que vacilaba de moderno mientras trataba de representar cuerpos eróticos fuera de un ambiente de modelos profesionales, basándose en la lógica de retirar la cosificación erótica del cuerpo de la mujer. *Bondage? Seriously?* Cinco años en Bellas Artes y becario con la Abramović, menudo inútil. *Anyway.* Demetrio. Se dejó caer con sus colegas para catar visualmente cuerpos desnudos, o algo así. Putos pajeros. El caso es que sus amigotes no contuvieron las risas y él ostentó el premio al menos becerro. Observaba la anatomía con respeto y timidez. Noté que me humedecía cuando fijó sus ojos en mí, un semental enfundado en una bomber esmeralda, con perforaciones en las orejas y una grulla recién tatuada en el antebrazo. Genética mixta, como servidora. Sus rasgos caucásicos y latinos me llamaron la atención por empatía. Le dije que me esperase al cierre. Esa misma noche follamos en el callejón: me alzó, me rompió las bragas e hizo que me corriera cuatro veces en media hora. Me desguacé las manos de acariciarle el cráneo rapado. ¿Quién soy yo para luchar contra el deseo y los banquetes de hambre canina? Él era un descarriado que sudaba testosterona y yo quería frotarme contra él. Repetimos durante dos meses, hasta que me harté. Las cositas guardan una fecha de caducidad limitada y los amantes siguen ese proceso de expiración.

Biológico, que no biotecnológico. Fecha de caducidad más apresurada. Los cuerpos masculinos son como los huevos: caducan y flotan cadavéricos sobre el agua. Al acercarte puedes

inhalar el olor a podrido que desprenden las manos de un objeto ya no deseado. Ahí te das cuenta de que hay que dar las gracias y olfatear un huevo nuevo para no pillar una intoxicación alimentaria. Los antiguos se tiran para que se desintegren con los restos de basura orgánica.

Fui educada, clara y concisa.

Él se desubicó y ayer, en una borrachera, se arrastró pidiendo clemencia hasta mi puerta.

Ahora duerme, desnudo. No follé con él anoche, fue un acto patético por su parte y compasivo por la mía. *Fuck*, Demetrio. Una chispita de pena, tan diminuta como las piedras de mis uñas, emerge. No. Ese cuerpo solía excitarme, volverme loca, hacerme salivar, me mojaba entera. Ayer, cuando le obligué a despojarse de su ropa apesosa y embarrada, me produjo verdadera repulsión ver cómo los calzoncillos se le enganchaban en los pantalones. La compasión que brota del patetismo ebrio.

Las mismas cicatrices, los mismos músculos del culo que mojaban mis bragas de encaje ahora me erizaban los pelos del antebrazo. Puaj.

Olor a azufre, a huevo pasado.

A punto estuve de llamar a alguien del servicio para que trasladase este trozo de carne lastimoso a cualquier otro lugar fuera de mi santuario de seda. Sin embargo, como aparte de zorra soy beata y compasiva, le ahorré el mal trago y pagué mi penitencia al lado del comatoso proletario.

Para que luego Agnes me fusile por no hacer trabajo social o intente concienciarme con su filantropía de turno.

He prestado mi santuario a un desgraciado que me repugna. Dios sabe que me he limpiado un poco de karma con esa concesión cristiana.

El deseo de calidad efímera, *bye-bye*. Te has caducado bajo mis pestañas, querido Demetrio. *Thank you. Next*. Hora de irse.

—Eh.

No oculto el tono irritado, ayer ya fui educadita y suave como mis sábanas de seda. Su cuerpo sufre una ligera sacudida. Despiértate, capullo. Insisto:

—Eh, EH.

Escena II. Es una verdad universalmente conocida que caminar y pensar resulta costumbre añeja

Hoy me he despertado pensando en mi madre muerta. No lo hago a menudo, y no asoma la culpabilidad por ello. Mi madre prefirió las anfetis, Plath y el country cutre a criar a una futura niña pelirroja gorda. Tampoco se lo recrimino. No albergo lagrimones pensando en que mami no me quiso. Es algo que sucedió, como quien se rompe un diente en la infancia o pierde el himen montando a caballo. Cosas que pasan. El estado de orfandad se originó a mis tiernos trece meses y dos semanas, vamos, que si recuerdo su cara es porque la he visto en revistas y fotos mohosas en algún cuarto, editoriales noventeros de mujer lánguida y belleza etérea con los pómulos hundidos de comer cocaína, beber *champagne* y dormir dos horas. Ningún bucólico recuerdo de maltrato infantil, ninguna memoria de un bello rostro besándome con amor maternal. Nimiedades en vacío. Huérfana sin recuerdos.

Mmm. ¿Por qué he pensado hoy en mi orfandad?

Ajá, sí, vale: la-búsqueda-de-mi-ejemplar-de-*Emma*. Ayer debatí con Ava sobre la inmaculada influencia de las obras clásicas en las películas *cool* de los noventa. Sobre por qué *Diez razones para odiarte* o *Clueless* eran lo mejor parido acerca del romance heterosexual desde la muerte de Katharine Hepburn y —a regañadientes— Spencer Tracy. Prometí llevarle la novela para extraer cada diferencia entre el señor Knightley y Paul Rudd con minuciosidad y deleite. Uno resulta un pedantorro universitario neochapas con Nietzsche; el otro, un tanto señor, con mirada punitiva y remilgada.

Ambos extremadamente follables, por supuesto. Lo cortés no quita lo valiente, afirma Ava.

¿Qué tiene esto que ver?

Pues que el libro estaba tirado al lado de la infame mancha mortal de mamá. Cuando mi madre espichó, dejó una mancha de bilis perlada sobre el suelo —un mosaico del siglo XVIII— y salpicaduras en las paredes cubiertas de papel pintado por William Morris. Imposible limpiarla, me limité a cubrirla por el resto de mi vida con diversos libros: seguro que constituía el expreso deseo de mi mami muerta. En primavera comenzamos con *Emma*, después seguimos con *El abanico de Lady Windermere* y, ya en el solsticio de verano, dimos paso a *Ada o el ardor*. Los títulos de otoño e invierno van cambiando según el ánimo frugal del momento, el placer de la lectura depende de los colores que asomen por la ventana o la temperatura que cubra mi amortajada residencia. Wilde, Woolf, Ocampo (la Silvina), Carson, Welsh, Bombal, Sparks (la Muriel)... Las lecturas otoñales.

Mi madre. Ella reverberaba con la literatura, o eso pone en el *post-it* que pegó en la puerta de la biblioteca el día de la *folie à deux*. Mi padre mencionó algo de música, pero su letra se limita a ser un burrujo de líneas sin sentido y un poco de baba. No voy a escuchar a Serge Gainsbourg cada vez que entre en la biblioteca o a tatuarme al señor Octavio Paz en el antebrazo, no me han criado las Brönte y las institutrices interseccionales de Papa-Bijou para eso.

Mis progenitores decidieron suicidarse escuchando al argento Fito Páez rodeadxs de textos en el castillo familiar. Mis padres no aguantaron la vida de pobres trabajadores artistas, así que se metieron un estofado llamado Studio 54, compuesto de anfetaminas, cerezas, morfina y absentia (de la ilegal extinta). Más tarde se descubrió que mi padre sufría sífilis avanzada y los niveles de codeína de mi madre alcanzaban su *zeitgeist* hormonal. Delirios químicos de grandeza presuicidio. La guinda de la anécdota, sin duda, es que sus últimos estertores

sucedieron entre pilas de libros. Mi padre se rodeó de las últimas novelas del susodicho Paz, Bukowski y Tennyson. Eso solo me dice una cosa: mi padre adoraba lo macho-machérrimo y no se merece ni un mísero ramo de hortensias en su tumba. Mi madre, sin embargo, escogió a Tolstói, a Pizarnik y a la Austen como aureola divina y cadavérica. A ella la respeto más.

Anyway, ambxs querían una muerte poética, pero...

¿Quién coño quiere una muerte poética y pone en el gramófono a Fito Páez?

Debían de ir más ciegrxs de lo que pensaban para escoger a un cantautor intenso y ajeno con el que decir *au revoir* a la vida mundana. Si vas a extinguirte a conciencia, te pones a Stravinsky y te cuelgas con las cortinas de terciopelo esmeralda del comedor imperial. O, en una de las cochambrosas bañeras de mármol italiano, te abres las venas mientras Prince te susurra *puuuuuuuurple rain, puuuuuurple rain*, y que la sangre florezca como algas escarlata en el agua. Un escalpelo oxidado del siglo XVII. Una inyección borboteante, roja como las anémonas. *Puuuuuuuuurple rain, puuuuuuuurple rain*. Te quedas dormiditx pensando que es maravilloso hacerlo escuchando a un alma pura y extravagante como Prince en tu castillo en ruinas. Qué *underground* y bohemio todo. Rimbaud o Cleopatra son unos adesios en comparación, unos clichés. Flameante sarcasmo. *I only wanted to see you, underneath the purple rain*. Te envuelves en palabras de Woolf o Vilariño, o en reproducciones emosurrealelistas de la Remedios Varo. Si prefieres pastillas, te consigues barbitúricos o láudano en el mercado negro. ¡Láudano del bueno, categoría histórica! Algo que no te haga regurgitar y estropear el suelo de trescientos años que constituye la única herencia de la hija que no vas a criar. La generación de nuestrxs padres se ha deslizado por una mala educación continua, no se pota en la herencia de tu progenie. Escoges un plano hermoso, una música interesante y taponas cualquier salida del estómago para no dejar poso.